

ORÍGENES DEL REVISIONISMO HISTORIOGRÁFICO DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA¹

Álvaro Matute

Universidad Nacional Autónoma de México

Principio por agradecer a los maestros, colegas y amigos de esta docta corporación el honor de que me han hecho objeto al elegirme académico de número y ocupar el sitio que dejara vacante hace seis años un querido maestro: don Juan Antonio Ortega y Medina. En especial, mi gratitud a las Josefinas, Muriel y Vázquez, a don Ernesto de la Torre y a Mauricio Beuchot.

Don Juan Ortega fue uno de los maestros de la segunda generación del exilio español. Interrumpió sus estudios en España, ya que un mes antes de cumplir 23 años estalló la Guerra Civil en la que prestó sus servicios como soldado de la República, lo cual también me hace admirarlo. Recién llegado a México tuvo que asilarse en la lejana Chiapas, donde encontró un generoso mecenas que lo impulsó a trasladarse a la capital del país a continuar su formación humanística. Ortega se inscribió en la Normal Superior, donde fue alumno de los más representativos historiadores marxistas de aquellos años, como don Miguel Othón de Mendizábal, a quien siempre evocó como maestro fundamental. Alternaba el estudio con el trabajo de representante de laboratorios farmacéuticos, por lo que cargaba un maletín bien surtido de medicamentos. Después se incorporó a la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad Nacional, donde trabó contacto y se benefició de lo más representativo del pensamiento historicista aclimatado en México.

¹ Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia, leído el 7 de julio de 1998.

Su constancia, la madurez que le dejó la experiencia de la guerra y las estrecheces de su vida de transterrado le permitieron no detenerse sino hasta obtener el doctorado en Historia y, a la postre, llegar a ser profesor de carrera, lo cual en ese tiempo era particularmente difícil. Durante los años cincuentas se fue convirtiendo en prototipo de profesor e investigador. Su bibliografía se incrementaba a la par que las clases que impartía y las tesis que comenzaba a dirigir. Fue, hasta su muerte, modelo de vida académica. Ya enfermo, retirado del cubículo, estaba pendiente de los proyectos que dirigía sobre “Estado, Iglesia y sociedad en México en el siglo XIX” e “Historiografía mexicana”, así como de la presentación del examen de maestría de una de sus discípulas dilectas.

Alguna vez escribí que mi primer contacto con Ortega y Medina fue en el salón 201 de la Facultad de Filosofía y Letras, un martes de febrero de 1965, de cuatro a cinco de la tarde. Y así todo el semestre, luego uno más, después la clase de Imperio Español, y por fin, el Seminario de Historiografía Mexicana del siglo XIX, donde, por una parte, trabajamos en los índices de la colección Hernández y Dávalos, aprendizaje artesanal que pone al estudiante en contacto con documentos de cuyo contenido no se sospecha, documentos que lo enfrentan a uno con la gran riqueza informativa o con la banalidad. Antes de esa experiencia, me había impresionado mucho un curso de invierno dictado por don Juan, que tenía como tema lo que después aparecería publicado en ese libro que ha sido compañero de ruta en mi desempeño como profesor de Historiografía de México II. Me refiero a la magistral compilación *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*. Desde que escuché las conferencias me maravilló su destreza heurística, que descubrió el “desliz intelectual” de Lorenzo de Zavala, quien omitió, al traducir y publicar las *Lecciones de historia*, el nombre de su autor, Volney, por lo que el texto le fue adjudicado a Zavala.

Me impresionó también la profundidad con la que Manuel Larráinzar argumentó sobre cómo superar la carencia de una Historia de México y la finura con la cual Vigil habló de la “necesidad y conveniencia” de estudiarla. Ya entonces había tenido yo conocimiento de la extraña teoría de la historia del rumano Xenopol, cuyas repercusiones mexicanas atiende Ortega en ese libro: Agustín Aragón, Antonio Caso y Jesús Galindo y Villa. Me maravillé con el rigor de Ricardo García Granados y me puse a pensar en las razones que motivaron en Guillermo Prieto las críticas a Enrique Rébsamen. En fin, con esa compilación he contribuido a los desvelos de 27 promociones de estudiantes de historia, a las que restaría tres usufructos sabáticos.

Ese es mi nexo mayor con Ortega y Medina, de quien no sólo aprendí una ruta firme para transitar por el pensamiento historiográfico mexicano, sino a quien emulé en mi librito que recoge buenas muestras de *La teoría de la Historia en México*, elaborado entre 1940 y 1973. Tuve el privilegio de gozar de su conversación, dado que nuestros cubículos estaban muy cerca. Lo recuerdo gallardo y elegante, o desenfadado, con una cachucha amarilla que protegía su blanquísima piel de las inclemencias solares.

De Ortega y Medina también aprendí a apreciar la importancia de estudiar la visión que una cultura proyecta sobre otra. La gran contribución del maestro radica sobre todo en el análisis de textos fundamentales que cotejan cómo los anglosajones —alemanes, ingleses y estadounidenses— vieron al México que se independizaba de España para constituirse en nación soberana. *México en la conciencia anglosajona* abrió una ruta que él mismo y una buena legión de discípulas enriquecieron. Maestro en el arte de la edición, sus trabajos sobre los textos de Brantz Mayer, Alexander y Wilhelm von Humboldt, William Prescott, Johannes Winckelmann, Leopold von Ranke, dan muestra de universalidad y rigor.

Artesano consumado, además de sus galas interpretativas en torno a estos autores y otros muchos que analizó, en los trabajos sobre los mencionados dio rica muestra de cómo se debe presentar un texto, haciendo resaltar sus contextos. Lo artesanal de Ortega, además, se vio en otra de sus “obras”, el *Anuario de Historia*, cuyos primeros números editó y dentro de ellos, los trabajos de colegas y discípulos. En esa labor el estudio de la historia de la historiografía recibió un fuerte impulso.

Muchos zaguanes abrió Ortega y Medina para que desde México se penetrara en la evangelización puritana de la América del Norte y se establecieran diferencias entre “andrenios y robinsones”. Don Juan Ortega y Medina fue historiador ejemplar. Encauzó vocaciones, abrió líneas de investigación que antes no se cultivaban en México. La riqueza y amplitud de su obra así lo muestran. Se le han rendido justos homenajes, obra de discípulas agradecidas que cultivan su recuerdo y lo comunican a las nuevas generaciones. En vida recibió los premios Universidad Nacional y Nacional de Ciencias y Artes en la rama de Historia, Filosofía y Ciencias Sociales. Me enorgullezco de sucederlo aquí.

Es particularmente satisfactorio para mí que el sillón de la Academia que voy a ocupar haya sido el de un gran cultivador de la historia de la historiografía, uno de mis maestros en los menesteres a los que me dedico con compromiso de continuar las

lecciones recibidas. El discurso que procederé a leer tiene como tema, precisamente, el historiográfico, aunque referido a una época que el maestro no trató, sino en menor medida, cuando polemizó con los historiadores soviéticos. El título del discurso es: Orígenes del revisionismo historiográfico de la Revolución mexicana.

El historiador estadounidense David Bailey se refirió con el nombre de "revisionista" a una historiografía cuyo tema era la Revolución mexicana y que comenzó a circular hacia el final de los años sesentas. El nombre ha tomado carta de naturalización. Hoy en día todos los estudiosos de la Revolución identifican claramente su historiografía como revisionista. Bailey acertó. Lo que no desarrolló, puesto que entonces no venía al caso, fue el trazo de toda la génesis de esa historiografía a la que hoy asociamos los nombres de Womack, Meyer, Kantz, Guerra, Knight, Krauze, Aguilar, Córdova, entre otros. La propuesta que presento ahora parte de la hipótesis de que el revisionismo nació en el momento en que los veteranos de la Revolución abandonaron la pluma y los académicos comenzaron a penetrar en terrenos en los que antes no se habían interesado, salvo alguna rara excepción.

Antes de que eso ocurriera, que como veremos fue al promediar los años cincuentas, había habido un revisionismo, pero no propiamente historiográfico, sino decididamente político, cuyo objeto no era precisar interpretaciones históricas, sino discutir el rumbo que estaba tomando el país, bajo el amparo de una Revolución mexicana convertida en ideología, que poco tenía ya que ver con la realidad. Intelectuales como Luis Cabrera, Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas habían sido, como los define Stanley Ross, *sepultureros de la revolución*. Pero sus trabajos, valiosos entonces como ahora, no eran de índole historiográfica. Eran ensayos políticos mediante los cuales se discutía con quienes detentaban el poder entonces y con el uso que le daban a la Revolución como fuente nutriente del régimen gubernativo en turno y del Estado mexicano en general. Se enfrentaron a la interpretación oficial de la Revolución, cotejándola con la realidad y desenmascarando la incongruencia que resultaba de ese cotejo. Pusieron de manifiesto el carácter irónico del discurso revolucionario: la práctica era lo contrario de lo que decía la voz de los ideólogos.

La obra producida por la primera generación de historiadores de la Revolución que actuaron en ella, militar o políticamente, ya había llegado al agotamiento y todavía no aparecían los libros de quienes debían continuarla. Éstos surgieron paralelamente al momento que voy a tratar, en la segunda mitad de los años cin-

cuentas, cuando uno de los porfirianos sobrevivientes, Jorge Vera Estañol, dio a conocer su trabajo en el que concluía que con revolución o sólo con evolución, el país hubiera llegado a l mismo punto, o bien cuando aparecio el primer libro monográfico sobre la Revolución mexicana, de confección marxista, debido a la pluma del ortodoxo stalinista José Mancisidor, para llegar a la síntesis de Jesús Silva Herzog, que significativamente concluye en 1917, y esperar un poco para la aparición de los tres tomos de Manuel González Ramírez, de complicada estructura, y la voluminosa obra de José C. Valadés, calificado por Womack como el E. H. Carr de la historiografía de ese proceso histórico mexicano. Generación de autores, con la excepción de Vera Estañol, que vivió en su infancia o temprana juventud la Revolución, y no tuvo participación significativa en ella. Esto los distingue de quienes sí lo hicieron y quisieron a toda costa que su interpretación predominara.

Los de segunda generación trataron de recuperar más el conjunto, ya que los primeros expresaron a la facción a la que pertenecieron y no vieron a la Revolución como un todo, salvo algunas excepciones como la de Jesús Romero Flores. Unos y otros se encontraban muy distantes de lo que sería el revisionismo. Y no me extendiendo aquí sobre la presencia de los historiadores extranjeros, sobre todo estadounidenses, que se ocuparon de la revolución, porque en general fueron poco leídos por los mexicanos. Su presencia aumentó después, de manera proporcional al interés académico en la Revolución.

Los historiadores académicos permanecieron ajenos a las polémicas que habían enderezado los críticos del sistema contra las desviaciones revolucionarias. Eso era, en última instancia, cosa de políticos, y la misión de la Academia era promover la asepsia histórica. Podría decirse que esa especie relativamente nueva en la fauna intelectual mexicana sólo se interesaba en las historias remotas de la antigüedad prehispánica y los tres siglos coloniales, además de las vicisitudes de la Independencia. De la compleja época de Santa Anna en adelante, preferían hacer caso omiso, con la excepción tal vez de la Reforma, lo que podía dar ocasión de ejercer la Clío de bronce.

El Porfiriato y la Revolución no fueron tema de los historiadores que ejercían su oficio en las nuevas instituciones que los cobijaban. Si acaso ese periodista metido a historiador, que daba clases en la Facultad de Filosofía y Letras, José C. Valadés, era la excepción de la regla. Tal vez tenían el temor, nada infundado, de que los historiadores-veteranos de la Revolución reaccionaran violentamente contra ellos y los tildaran de advenedizos. Los revolucionarios habían estado ahí, tenían

los documentos y recordaban paso a paso sus hazañas y las de sus jefes. Optaban por la descripción de los hechos y la transcripción de documentos como garantía de verdad. Hoy en día esa historiografía es una apreciable fuente, más en el orden informativo que en el interpretativo, pero en su tiempo era una propiedad privada a la que no se podía ingresar sin permiso.

El año de 1955 es el que nos da el punto de partida para nuestro intento. La Facultad de Filosofía y Letras había abandonado su tradicional edificio de Mascarones, en la Ribera de San Cosme, para instalarse en la Ciudad Universitaria, entonces máximo ejemplo de la modernidad arquitectónica mexicana. El traslado al sur no afectó las tradiciones. Los cursos de invierno se siguieron ofreciendo en ella y los de ese año estuvieron dedicados a la Revolución mexicana, gracias al interés en el tema del entonces director de la Facultad, Salvador Azuela.

La lista de participantes además de ser impresionante, es sobre todo representativa del momento y de las expectativas que se podían tener del estudio del México revolucionario a mediados del sexenio de Ruiz Cortines. Un año antes el propio gobierno había creado el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, dependiente de la Secretaría de Gobernación, del que Salvador Azuela fuera también primer vocal ejecutivo. Como integrantes de su Consejo Técnico Consultivo quedaron varios veteranos-historiadores. Los sonorenses beneficiados con el movimiento revolucionario echaron a andar por esos años el Patronato de la Historia de Sonora, cuyo principal animador fue el licenciado Manuel González Ramírez. Este Patronato se distinguió por haber publicado importantes fuentes para la historia de la Revolución.

Dentro de ese ambiente es posible que los cursos de invierno de Filosofía y Letras hayan creado por lo menos cierta expectación. Cada uno consistiría en cinco conferencias y serían impartidos por conocedores de sus respectivos temas, ya se tratara de periodistas, actores políticos, académicos o intelectuales. Los participantes en el curso de invierno fueron José Alvarado, Diego Arenas Guzmán, Arturo Arnáiz y Freg, Salvador Azuela, Antonio Castro Leal, Daniel Cosío Villegas, Justino Fernández, Enrique González Casanova, Manuel González Ramírez, Juan Hernández Luna, Xavier Icaza, Francisco Larroyo, Lucio Mendieta y Núñez, Vicente T. Mendoza, Manuel Moreno Sánchez, Manuel Germán Parra, Octavio Paz, Gabriel Saldívar y Silva y Rodolfo Usigli. La temática tratada puede dividirse en tres grandes rubros: historia intelectual, historia de la Revolución como fenómeno histórico y cuestiones estructurales.

Dentro de las últimas, petróleo, desarrollo económico, movimiento obrero, reforma agraria, programa educativo. La historia intelectual tuvo como asuntos la pintura, la novela, el teatro, la poesía, el corrido, la historiografía, las influencias filosóficas. Cabe señalar que la participación de Paz no se refirió a la poesía de la Revolución, cuestión tratada por González Casanova, sino a aspectos que desarrolló en su libro magistral *El arco y la lira*. Los temas de historia de la Revolución fueron, entre otros, los planes revolucionarios, los nexos del movimiento armado con el porfiriato y “un curso de apreciación política sobre la vitalidad y decadencia de los ideales del movimiento revolucionario que se inició en 1910, sobre su crisis histórica y especialmente sobre la proporción y forma en que la realidad nacional ha trascendido el cuadro de las medidas revolucionarias”. Así lo expresa el maestro Hernández Luna, secretario de redacción de la revista *Filosofía y Letras*, que es el órgano que proporciona esta información. Ese curso fue impartido por Manuel Moreno Sánchez. Poco tiempo después, en el mismo año de 1955, publicó su versión escrita en otra revista, *Problemas agrícolas e industriales de México*, la cual es, también, todo un tema de estudio.

Antes de examinar dicho curso, me ocuparé del que fue dictado precisamente por Juan Hernández Luna, publicado en *Filosofía y Letras*, quien se preocupó por buscar a los “precursores intelectuales de la Revolución mexicana”, anticipando con ese título el libro que publicaría unos quince años después James D. Cockcroft. Discípulo y paisano de Samuel Ramos, Hernández Luna abre su discusión con un valioso recorrido acerca de las diferentes interpretaciones en torno a si la Revolución tuvo o no precursores intelectuales. Ante esa interrogante, plantea el michoacano la existencia de cinco tesis.

Éstas van desde la que plantea la ausencia total de cualquier anticipo de precursor intelectual, hasta la múltiple, es decir, la que sostiene que hubo distintas variantes ideológicas en la Revolución de manera que cada una tuvo sus antecedentes, aunque no haya habido un pensamiento precursor que elaborara una utopía revolucionaria cabal y que previera los resultados a los que se llegó. Así, son precursores quienes se refirieron a los problemas agrarios, como José María Vigil, Wistano Luis Orozco, Andrés Molina Enríquez; son precursores de la vida democrática que se buscó implantar, desde luego Francisco I. Madero y, con él, todos los que expresaron su antirreeleccionismo y su afán democrático; son precursores los Flores Magón, y con ellos, sus seguidores y los que intuitivamente lucharon contra la injusticia, como Praxedis Guerrero y Lázaro Gutiérrez de Lara. Y tam-

bién son reconocidos como anticipadores de la Revolución los miembros del Ateneo de la Juventud, y muy particularmente su mentor principal, Pedro Henríquez Ureña. Paradójicamente, don Pedro es autor de una de las tesis que niegan la existencia de precursores intelectuales de la Revolución. Él, al igual que Diego Rivera, sostenía que los intelectuales tenían puestos los ojos en Europa y nunca en la realidad nacional. En cambio, tanto Lombardo Toledano como Alfonso Reyes encuentran en las inquietudes espiritualistas del Ateneo y en el empleo de la conferencia como arma de difusión de las ideas, un elemento que manifiesta la voluntad de cambio colectivo que culminó con la Revolución. Luis Cabrera y Jesús en el sentido de que Silva Herzog se manifestaban en el sentido de que cada aspecto de la Revolución tuvo algún tipo de anticipo.

Algunos de los autores de las tesis revisadas por Hernández Luna expresaron sus ideas acerca de lo que es o debe ser una revolución, como Cabrera, quien dijo que se trata de “la rebelión de un pueblo contra la injusticia de un régimen social o económico”, o bien, que “las revoluciones las hacen los pueblos para salir de una condición de servidumbre o de inferioridad en que los tiene sumidos un régimen”. Don Alfonso Reyes, por su parte, y respecto a la mexicana, dijo que “brotó de un impulso mucho más que de una idea. No fue planeada. No es la aplicación de un cuadro de principios sino un crecimiento natural”.

La revisión de las tesis sirve a Hernández Luna para ubicarse en la búsqueda de ideas precursoras y coincidir con quienes, como Cabrera, Silva Herzog y Lombardo, plantearon que las cosas fueron madurando conforme se acercaba el estallido. Hay espontaneidad, pero también hay una preparación lenta cuya finalidad no es necesariamente hacer una revolución, sino fortalecer un ideario que sirviera para cotejarlo con la realidad y transformarla. Para este estudioso los precursores son quienes introdujeron al país las ideas de Fourier y Proudhon y las llevaron adelante para buscar el cambio social mediante la organización de los trabajadores. Lo que con el tiempo fue el anarcosindicalismo.

Con ello, Juan Hernández Luna, a su vez, se convierte en precursor de los estudios sobre el pensamiento que orientó a los obreros mexicanos en los años precedentes a la Revolución. Hay un tímido revisionismo en la actitud y en la tesis de este profesor. Su aportación consiste, sobre todo, en enfrentar una idea generalizada, la de que los intelectuales eran afrancesados y no les importaba su país, fruto de la apariencia más que del análisis penetrante y que es lo que él caracteriza como

tesis Rivera-Henríquez Ureña, y que podría tener el *placet* de la historia oficial. Fuera de los historiadores magonistas y anarquistas como Luis Araquistáin, ninguno de los historiadores veteranos de la Revolución suscribiría las aportaciones de Hernández Luna. Ninguno se reconocería como seguidor de socialismos utópicos.

Lo importante y rescatable es la pregunta con la que Hernández Luna abrió su investigación. Para estudiar una revolución, y no sólo desde el ángulo de las ideas, es pertinente averiguar si ese fenómeno tuvo precursores intelectuales, si hubo o no una idea previa que aspirara a transformar la realidad. Con las respuestas que después de él se fueron dando, comenzaron a proliferar las etiquetas que hacia principios de los años sesentas le fueron adheridas a la Revolución mexicana: social, democrático-burguesa, en fin, vocablos no siempre felices en la medida en que al tratar de decir mucho con poco, terminaban no diciendo nada.

La suerte estaba echada, y si se quiere, con timidez, esos seres extraños que eran los académicos se iniciaban en el estudio de lo que legítimamente era la historia contemporánea del país, la de los arranques de la contemporaneidad. De ahí que los cursos de invierno fuesen pertinentes. Se buscaba conocimiento y se buscaba interpretación: *episteme* y *doxa* de la Revolución. Los diferentes recorridos propuestos por los conferencistas indudablemente ofrecieron un amplio catálogo de hechos de la historia política, social y cultural acontecidos durante la Revolución y como consecuencia de ella.

Un caso muy representativo de la inquietud entonces presente en los ánimos de quienes querían hacer algo con la Revolución es el del licenciado Manuel Moreno Sánchez, cuyo curso fue importante para la historia del pensamiento político e histórico mexicano. Su título es muy atractivo, y desde luego, lleno de significado: "Más allá de la Revolución mexicana". Dificilmente se encuentra una expresión ideológica más cabal que la proporcionada por el antiguo militante vasconcelista, diputado en tiempos de Ávila Camacho y funcionario medio en los gobiernos de Alemán y el que corría. Militaba en el partido oficial desde la denominación de éste como PRM, esto es, 1938. Su actividad en la campaña de 1929 lo había enfrentado al PNR. Su vinculación con el régimen lo hacía en algún sentido "vocero oficial" del mismo, pero en rigor, hay que tomar las opiniones expresadas en el texto como personales, aunque está fuera de duda que un sector del gobierno compartiera algunas de sus ideas hasta hacerlas suyas, pero no todas; no son una interpretación oficial, se trata de un síntoma de una orientación que podría tomar el Estado respecto a la Revolución.

“Más allá de la Revolución mexicana” combina el artificio de ser un manifiesto político, un análisis académico y una propuesta de interpretación histórica. Frente a los discursos monolíticos que terminaban planteando que, pese a sus diferencias, todos los caudillos “lucharon por un México mejor”, o que la Revolución era una esencia predeterminada desde antes de que acabara de estallar, no digamos de definirse, si es que alguna vez se definió, Moreno Sánchez la aborda desagregándola, casi me atrevería a caer en la tentación de decir deconstruyéndola, si no se tratara de un anacronismo metodológico.

Bajo la advertencia de que “el presente no se conoce, se interpreta”, Moreno Sánchez advierte que el México de su tiempo era producto de la etapa histórica denominada “Revolución mexicana”. Tal revolución, según algunas percepciones, parecía no haber tenido lugar nunca. Según otras, la sociedad de ese momento vivía “rutas distintas de las que parecieron marcarle las directrices revolucionarias”, o bien, percibían otros, “la Revolución no pudo realizar lo que presenció hacer”. Moreno llega a la siguiente conclusión: “La vida nacional no se ajusta ya a lo que pareció ser el conjunto de elementos y de medios que, para resolver los problemas del hombre y de la nación, trajeron a la actualidad los revolucionarios de 1910.” Plantea la posibilidad de que un viejo revolucionario debía pensar que sólo una nueva generación podría hacer lo que ellos no lograron, mientras que un joven diría que *habría que hacer algo distinto de lo que hicieron los revolucionarios*.

El examen del pasado debe iluminar el presente y conducirnos hacia el porvenir. Tras reproducir párrafos de la entrevista Díaz-Creelman, del Plan y Programa del Partido Liberal de 1906 y de *La sucesión presidencial en 1910*, comenta: “Tal vez las coincidencias correspondan a formas políticas que entre nosotros sobreviven y que no pudieron ser destruidas por la Revolución mexicana”. Pero no es así. “...bien podemos mirar que estamos más allá de la Revolución. Aunque muchas cosas nos parezcan iguales, lo que ocurre en realidad es que nuestra vida nacional no se somete ya al viejo cuadro de las ideas de los revolucionarios[...] vivimos una realidad no contra la Revolución, sino más lejos de ella”.

Al abordar la revisión histórica de la Revolución, plantea que hubo cuatro revoluciones: la política, la agraria, la obrera y la cultural. De la política dice que fue la primera en definirse, aunque fue la que “menos perspectivas tuvo de afirmarse”; de la agraria opina que “alcanzó su perfección mucho más pronto”. La obrera, si bien simultánea a la del campo, la entiende como un “acomodamiento de la

realidad[...] anterior a su tiempo". La única que tomó sus perfiles definidos, fue la cultural.

En cuanto a la revolución política, surge del Porfiriato, régimen que requiere un "esfuerzo comprensivo". Piensa que si en los años setentas del siglo XIX era necesario un gobierno fuerte, promotor de la paz y del orden, Díaz lo realizó, pero llevándolo al extremo. Si bien tuvo logros como la formación de una clase media, su problema consistió en que fue víctima de sus propias paradojas. No es del todo elegante la metáfora, pero lo caracteriza "como agua inmóvil [que] se pudrió por no encontrar drenaje". Por ello surgió la respuesta democrática de Madero y de quienes buscaban la democracia a través del sufragio efectivo que culminara en la no reelección. El proceso, en conjunto, acentúa las paradojas: mientras la revolución política era esencialmente liberal y democrática, la obrera resultaba antiliberal, por lo que tenía de socialista y antidemocrática en lo que concierne a la organización y el funcionamiento de las agrupaciones obreras.

Es claro que la revolución agraria era esencialmente nacionalista, mientras que la obrera era internacionalista en sus concepciones fundamentales "... [y] no es descabellado considerar que la revolución obrera era materialista, sobre todo en sus principios ideológicos, y frente a ella, la revolución cultural era principalmente espiritualista, siendo claro que ambas tendencias disputaron en un tiempo la primacía del pensamiento nacional".

Tal vez todo esto suene hoy demasiado conocido. Fue pensado y escrito en 1955, cuando la interpretación histórica de la Revolución era más bien extraña en el medio.

También divide Moreno Sánchez la Revolución en etapas histórico-cronológicas, cada una de las cuales tuvo una crisis significativa: la primera, al plantearse la reelección de Obregón y no cuidar la efectividad del sufragio. Ello hizo patente la crisis política. Cárdenas puso en crisis los principios de la reforma agraria, llevándola más lejos de lo que querían los revolucionarios de 1910-1920, lo que impulsó a Luis Cabrera a criticarlo y distinguir entre "la revolución de entonces y la de ahora". Por fin, tocó a Alemán poner en crisis la revolución obrera para acometer "la industrialización con un concepto nuevo del problema".

La crisis de la revolución cultural, de acuerdo con Moreno, consiste "en el desconcierto espiritual que sufre el país ante la preponderante preocupación por el problema económico y la atención preferente por el desarrollo material, que origina el olvido, en gran escala, de las tareas culturales más elevadas y el debili-

tamiento moral de la clase superior, lo que constituye también la crisis ética que los revolucionarios han sufrido en los últimos años”.

El momento en el que hablaba Moreno Sánchez era heredero de esas crisis, o estaba formado por ellas. Era un tiempo ideal para plantearle nuevas preguntas al pasado-presente. El hecho de que apenas en el año anterior, 1954, hubiera muerto don Luis Cabrera, adquiere un significado profundo. Con él se fue uno de los pocos revolucionarios capaces de hablar del pasado y del presente no sólo con autoridad moral, sino con lucidez y conocimiento de causa. A otro de los grandes intelectuales de la Revolución entonces vivo, José Vasconcelos, lo ve Moreno como el gran profeta de la Revolución. Pero para entonces ya no era el tipo de interlocutor que buscaban las aspiraciones de Moreno. Para Vasconcelos la Revolución también había muerto, pero no estaba interesado en reclamarle al presente haberla liquidado.

Dentro de esas consideraciones, don Manuel Moreno hace una revisión sintética del México contemporáneo, que en su caso, es el que corre de Agua Prieta a Alemán. La última parte lleva el significativo título de “A problemas viejos soluciones nuevas”. Gracias al binomio Ávila Camacho-Alemán “el país comienza a replantear sus antiguos problemas y a buscar soluciones más certeras”. Las modalidades que fueron desarrollándose en el curso de la historia anterior fueron emancipando al país de la Revolución “de entonces” y lo fueron llevando por nuevos cauces. El problema consistía en la insistencia en cubrir las nuevas acciones bajo el manto revolucionario. Para ceder nuevamente al anacronismo, una *glasnost* anticipada. Tal vez decepcione que tanta agudeza, tanta profundidad analítica desplegada por quien después sería presidente del Senado, resulten un panegírico pro Alemán. No quisiera reducirlo a esa expresión, porque no le haría justicia.

Cuántas muestras existen en la historia de las ideas —y si se quiere de las ideologías— que van más allá del panegírico, del compromiso inmediato, para lograr propuestas ricas en elementos interpretativos. Todo lo que se queda en la inmediatez no trasciende. Se pierde en ella. El discurso de Moreno Sánchez es más rico que eso, a pesar de que llegue a expresar que principios como el de la no reelección ya habían sido superados. Hay demasiada inteligencia en sus páginas como para reducirlas a su nexa con un régimen al que expresa. En todo caso, lo importante es cómo lo expresa. Y tarea del historiador de las ideas es rescatar toda muestra de inteligencia con la cual se ha hecho un esfuerzo por interpretar la realidad histórica pasada y presente. Lo importante del caso es la argumentación de Moreno Sánchez, en la que, en este caso, los medios superan a los fines.

Y para los propósitos de este discurso, que no son los de discutir las ideologías, la aportación consiste en la argumentación. Lo otro, que también es histórico, es materia de otro análisis, que no rehúyo, simplemente aplazo.

Lo rescatable, pues, es la discusión en torno a la herencia de la Revolución, la conciencia histórica que se tenía de ella en un momento que puede ser caracterizado como eslabón significativo en la historia de la modernidad mexicana.

En las palabras de Moreno Sánchez puede encontrarse similitud con las expresiones presidenciales de un Alemán y de un López Mateos, al fin congéneres. Pero el hecho de ser pronunciadas ante un público académico obligan a una reflexión mayor, a un compromiso historiográfico que no necesariamente se da en cualquier discurso político. En todo caso, la ambigüedad histórico-política de "Más allá de la Revolución mexicana" es un ingrediente valioso para que se afilen mejor las armas de la crítica académica.

Para 1955, un curso universitario y una revista especializada eran cosas que sólo trascendían desde y para las minorías. Tal vez podían fungir como laboratorios desde los cuales después se comenzará a emprender una producción para el consumo masivo. Por lo pronto ahí quedaban las cosas. Digo esto porque el curso-artículo de Moreno Sánchez podría entenderse como el réquiem de la interpretación oficial de la Revolución mexicana. No se pudo asumir que antes de llegar al medio siglo del inicio de la Revolución, se concluyera que la realidad la había superado y era necesario convertirla en pieza de museo.

Si el PARM fuera un partido político digno de ser tomado en serio, podría argüirse que generales como Barragán y Treviño reclamaran los desvíos y buscaran la aplicación de la ortodoxia. Esto es tan significativo como ingenuo. El discurso oficial siguió su derrotero, como si las especulaciones del funcionario-intelectual no hubieran pasado de eso, de meras especulaciones. Era imposible eliminar a la Revolución del discurso. De cualquier manera, ya eran muchos los años en los que el tropo con el que estaba compuesto ese discurso era el irónico. En medio de esa gran ironía, el aparato oficial se aprestaba a celebrar en 1960, en el bienio inicial del gobierno lopezmateísta, el cincuentenario de la Revolución mexicana.

Hubo un cambio cualitativo digno de ser notado: mientras que los iniciales "sepultureros de la Revolución" reclamaban su esencia, o mejor, la pérdida de su esencia en la práctica de gobierno amparada en la revolucionariedad, Hernández Luna se preguntaba por los orígenes de ella y Moreno reclamaba suspender el seguir actuando bajo su amparo y proponer otro discurso.

Al llegar 1960, de nuevo los académicos vendrían a poner la nota discordante en medio de los festejos. Dentro de otra instancia universitaria, el Seminario de problemas científicos y filosóficos, fundado en tiempos de Nabor Carrillo por Samuel Ramos, Guillermo Haro y Elí de Gortari, un joven investigador de El Colegio de México, el abogado, sociólogo e historiador Moisés González Navarro, que ocupa un asiento en esta Academia, y que para entonces ya era autor entre otros libros del grueso volumen dedicado a la vida social del Porfiriato dentro de la importante *Historia moderna de México*, se atrevió a presentar sus reflexiones en torno a la ideología de la Revolución mexicana. Se siguió la misma dinámica de 1955, primero un convivio académico y después la publicación en una revista especializada, en este caso *Historia Mexicana*.

El maestro González Navarro presenta un trabajo breve, puntual, que se caracteriza por el muy buen empleo que hace de la metodología propuesta por Karl Mannheim. Dicho trabajo, llamado “La ideología de la Revolución mexicana”, anticipador del título del libro de Córdova, fue discutido por cuatro historiadores: Luis Chávez Orozco, Jesús Silva Herzog, Arturo Arnáiz y Freg y Leopoldo Zea. Al final del texto expresa que según Mannheim, “utopía es el complejo de ideas que tiende a cambiar el orden vigente, e ideología el complejo de ideas que dirige la actividad para mantenerlo”. En este sentido —concluye González Navarro—, la ‘utopía’ revolucionaria se ha convertido en una verdadera ‘ideología’: los lemas revolucionarios se repiten ya casi como meros *slogans*.

El artículo, en su brevedad, no tiene desperdicio. Revisa con extrema puntualidad las principales tendencias del ideario revolucionario en sus diversas etapas, estableciendo la diferencia entre las de origen rural y las urbanas, haciendo hincapié en las emanadas de los grupos de trabajadores. González Navarro es el primer estudioso que subraya las aportaciones del pensamiento católico dirigido a la solución de los problemas sociales, indicando dónde aventajaba y dónde permanecía a la retaguardia respecto a lo *propiamente* sancionado como revolucionario. Distingue luego a la Revolución “de entonces”, según el dicho de Cabrera, de la cardenista, que para 1960 había dejado de ser “la de ahora”. Según lo expresado por el autor, “el cardenismo tiene la doble significación de haber hecho más radical la revolución y simultáneamente haber incrementado su antítesis”. Luego opina que “la bandera política de Madero dista mucho de haberse cumplido”, que se pasó del jacobinismo, “un poco ingenuo pero sincero”, a un despotismo ilustrado que recuerda al de los científicos, que la preferencia por la pequeña propiedad se

reconcilia con el pensamiento agrario de Molina, Cabrera y Rouaix, y, para concluir, que el pensamiento revolucionario se convirtió de agrario y espontáneo en urbano y académico. Insisto en que esto fue escrito en 1960.

Tanto el texto de González Navarro como el de Moreno Sánchez se caracterizan por proponer una interpretación, por inclinarse hacia los terrenos de la *doxa*. La interpretación histórica, fundamentada en el conocimiento o *episteme*, puede entenderse como un acto de intencionalidad política, en la medida en que su finalidad es prevalecer sobre otras interpretaciones, como verdadera. La búsqueda de la verdad por la verdad no queda ahí, no es desinteresada, sino que pretende ser aceptada como única y absoluta. Quien propone y quien recibe la interpretación hacen política en el sentido metafórico de la palabra. Su lucha es la lucha por el poder de la aceptación de la verdad, misma que será utilizada como instrumento de dominio.

Respecto a los trabajos que comento, es claro que uno busca con una intencionalidad mayor o más clara hacer política, al proponer explícitamente un cambio en la interpretación de la relación entre las acciones políticas y su cobertura ideológica, mientras que el otro se limita a establecer una crítica a la ideología, al exhibirla como tal.

Es interesante constatar el contraste en la recepción de uno y otro discursos. Mientras que el más abiertamente político tuvo una de las respuestas típicas del sistema al cual iba dirigido, esto es, el silencio, el otro, el más típicamente académico fue materia de un acto de violencia verbal protagonizado por el filósofo Emilio Uranga y don Daniel Cosío Villegas. El primero al ataque y el segundo en defensa, tanto de su discípulo y colaborador, como de la libertad de opinión.

Para la época en la que nos ubicamos, Uranga había renunciado a ser el filósofo más brillante de su generación, como lo pronosticaba su maestro José Gaos y lo atestiguan sus compañeros Luis Villoro y Alejandro Rossi, entre otros. Uranga se había convertido en un intelectual al servicio del Estado, ya que no propiamente un intelectual orgánico. Lejos del rigor conceptual y de una lógica diáfana, propios de un filósofo, Uranga arremete contra González Navarro en un artículo de la imprescindible revista *Siempre!* En él, siguiendo el infalible método de entrecomillar frases descontextualizadas, insulta y descalifica al historiador, a quien tilda de reaccionario. ¿Iniciativa individual o del sistema? No creo que haya documentos probatorios que induzcan una respuesta. ¿Ganas de “defender” la “causa revolucionaria” de los embates de la crítica acusada de “reaccionaria” o de provocar a

Cosío Villegas, a quien menciona al final del artículo, equiparándolo con Francisco Bulnes?

Responder a esto tal vez no sea tan relevante, en la medida en que, si de provocar a don Daniel se trataba, el texto de Uranga tuvo buen éxito. Ciertamente, el lenguaje utilizado por él recuerda más a don Francisco Bulnes que lo que pretendía encontrar de este escritor porfiriano en Cosío. En fin, la polémica se extendió durante varias semanas, para alimentar el regocijo insano de los lectores del *Siempre!* Digo insano, porque la polémica no tiene la altura deseable para el historiador de las ideas, que buscaría argumentos y contraargumentos en torno al siempre interesante tema de la ideología revolucionaria. No. Todo quedó reducido a argumentos *ad hominem* en los cuales el talento de Cosío brilla para poner en su lugar al antiguo miembro del *Hyperión* convertido en defensor de la ortodoxia revolucionaria.

La acción —que se antoja desmedida— de Uranga sí se puede o acaso se debe leer como propia del sistema. Anticipa reacciones semejantes que ya nos tocó atestiguar como lectores de periódicos a lo largo de los años sesentas. Parecería que la investigación originada en los ámbitos académicos no debiera tener alcances de tal magnitud, que pusiera nervioso a un sistema político como el mexicano de entonces, tan seguro de sí mismo. De otra manera, cómo entender la enconada diatriba contra Oscar Lewis y su célebre libro *Los hijos de Sánchez*, que menciono sólo de pasada para detenerme un poco más en la recepción que le mereció al periodista Horacio Quiñones, en 1969, la aparición del libro *México visto en el siglo XX*, en el que la pareja formada por James y Edna Wilkie daba a conocer siete entrevistas de historia oral a egregios personajes de la historia mexicana contemporánea y en el que campeaban opiniones ortodoxas y heterodoxas sobre la Revolución mexicana y sus secuelas. Con una actitud semejante a la de Uranga, pero con lenguaje más pobre y sin ningún concepto, Quiñones se limitaba al lugar común de decir que los Wilkie eran agentes de la CIA. El sistema se negaba a aceptar los frutos de la investigación que atentaran contra sus antiguas bases ideológicas.

El revisionismo historiográfico tocaba la puerta. De la esfera de la *doxa* se caminó hacia una nueva *episteme*. Las preguntas en torno al proceso revolucionario planteadas desde 1955 abrían nuevos caminos, así como la interpretación sobre la Revolución, que mostró su falta de unidad, sus paradojas internas y las crisis por las que atravesó en diferentes momentos. El rigor analítico que en 1960

estableció la conversión de la utopía en ideología, de acuerdo con el lenguaje mannheimiano, planteaba rutas diferentes, mientras que en el ámbito oficial se celebraba de manera apoteótica el medio siglo en libros como *México, 50 años de Revolución*.

No deben soslayarse las aportaciones de los historiadores extranjeros que, siguiendo la línea de Frank Tannenbaum, no lejana a la historia oficial mexicana, daban muestra de academicismo en sus tratamientos de momentos o figuras de la Revolución. Quienes vinieron detrás de ellos establecieron nuevas perspectivas: ya no se trataba de recrear el esencialismo revolucionario, sino de investigar, sacar a la luz nuevos conocimientos en torno al proceso histórico de la Revolución, a partir de preguntas que ponían en crisis todo aquello que se tenía como esencial y, por lo tanto, inamovible. La Revolución se convirtió en un asunto que había que revisar. La heterodoxia fue la nota dominante en lo que se escribiría a partir del final de los años sesentas. De la pregunta investigante se llegó al conocimiento de particularidades que afectaron la totalidad. La correlación posterior de los avances del revisionismo con las modificaciones del Estado mexicano confirmarían lo que tuvo inicio al promediar los años cincuentas. El revisionismo historiográfico se convertiría en un proceso irrefrenable, que no sólo tendría consecuencias en lo que toca a la interpretación del pasado por parte de los académicos, sino también en la esfera política, que es donde más ha sufrido modificaciones lo que fue la ideología de la Revolución mexicana.

Bibliografía*

Aguilar Camín, Héctor
1979

La frontera nómada. Sonora y la Revolución mexicana, México, Siglo XXI.

Araquistáin, Luis
1929

La Revolución mejicana, sus orígenes, sus hombres, su obra, Madrid, Renacimiento.

* Elaborada por Gabriela Cano y Georgina López.

- Bailey, David
1979
"El revisionismo y la historiografía reciente de la Revolución mexicana", *La cultura en México*, suplemento de *Siempre!*, mayo 4, pp. II-VIII.
- Cockcroft, James D.
1968
Precursores intelectuales de la Revolución mexicana (trad. de Ma. Eunice Barrales), México, Siglo XXI.
- Córdova, Arnaldo
1973
La ideología de la Revolución mexicana. La era del desarrollismo, México, Era.
- Curso de invierno
1955
Estudio de la Revolución mexicana, curso de invierno dirigido a profesores y estudiantes de las Universidades, de los Institutos y Escuelas Normales de la República. Sede: Facultad de Filosofía y Letras (UNAM), del 24 de enero al 4 de febrero.
- Florescano, Enrique
1991
El nuevo pasado mexicano, México, Cal y Arena.
- González Navarro, Moisés
1961
"La ideología de la Revolución mexicana", *Historia Mexicana*, vol.X, núm.4, [40], abril-junio, pp. 628-636.
- González Ramírez, Manuel
1966
La revolución social de México, México, FCE.
- Hernández Luna, Juan
1955
"Los precursores intelectuales de la Revolución mexicana", *Filosofía y Letras*, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras, núms. 57-58-59, t. XXIX, enero-diciembre, México, Imprenta Universitaria, pp. 279-317.

- Katz, Friedrich
1982 *La guerra secreta en México* (trad. del inglés, Isabel Fraire; del alemán, José Luis Hoyo), México, Era.
- Knight, Alan
1996 *La Revolución mexicana. Del porfiriato al nuevo régimen constitucional* (trad. de Luis Cortéz Bargallo), México, Grijalbo.
- Krauze, Enrique
1976 *Caudillos culturales de la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI.
- Lewis, Oscar
Los hijos de Sánchez. Autobiografía de una familia mexicana, México, FCE.
- Mancisidor, José
1969 *Historia de la Revolución mexicana*, México, B. Costa-Amic.
- Meyer, Jean
1973 *La Cristiada* (trad. de Aurelio Garzón del Camino), México, Siglo XXI.
- Moreno Sánchez, Manuel
1955 "Más allá de la Revolución mexicana", *Problemas agrícolas e industriales de México*, México, vol. VII, núm. 2, abril-junio, pp. 215-245.
- Romero Flores, Jesús
1979 *Síntesis histórica de la Revolución mexicana*, México, B. Costa-Amic.
- Ross, Stanley
1972 *¿Ha muerto la Revolución mexicana?* (Trad. de Héctor David Torres), México, Sep. Setentas (21).
- Silva Herzog, Jesús
1965 *Breve historia de la Revolución mexicana*, México, FCE.

-
- Valadés, José C.
1963-1967 *Historia general de la Revolución mexicana*, México, Manuel Quesada Brandi.
- Vera Estañol, Jorge
1957 *La Revolución mexicana. Orígenes y resultados*, México, Porrúa.
- Wilkie, James y Edna Monzón
de Wilkie
1978 *México visto en el siglo XX. Entrevistas con Manuel Gómez Morín*, México, Jus.
- Womack, John
1969 *Zapata y la Revolución mexicana* (trad. de Francisco González Aramburu), México, Siglo XXI.